

Extractos de algunos elementos importantes del libro de Pierre Naville “**Le Nouveau Léviathan, 3. Le Salaire Socialiste (Deuxième Volume). Sur l’histoire moderne des théories de la valeur et de la plus-value**” [El salario socialista (segundo volumen). Sobre la historia moderna de las teorías del valor y de la plusvalía], publicado originalmente en 1970, en París, en las Éditions Anthropos. Selección y traducción de extractos a cargo de Jorge García López.

PIERRE NAVILLE

**LE NOUVEAU LÉVIATHAN 3.
“LE SALAIRE SOCIALISTE (DEUXIÈME VOLUME).
SUR L’HISTOIRE MODERNE DES THÉORIES DE LA VALEUR
ET DE LA PLUS-VALUE”
París, Anthropos, 1970.**

“Marx ha enunciado muy claramente que en las relaciones comunistas el valor como medida de los intercambios y del reparto del producto social de los trabajos habrá desaparecido. Ya no habrá valor de cambio, y al mismo tiempo ya no habrá mercado, libre o planificado. Los productos no serán intercambiados, sino repartidos directamente según las necesidades. (...) Es en este sentido en el que los productores no intercambiarán sus *productos*; lo que intercambiarán será el uso de sus esfuerzos (que ya no presentará un valor mercantil); lo intercambiarán bajo nuevas formas, cooperativas y distributivas.” [Naville, 1970b: 2-3]

“Marx resume esta transformación lógica de las relaciones sociales a prever en dos puntos esenciales: a) Los productores no intercambian sus productos. Dicho de otra forma, el mercado ha desaparecido. Esto no quiere decir que los productos no circulen de unos a otros. Se intercambian, pero bajo nuevas formas. (...) No se trata entonces de intercambios mercantiles, sino de intercambios fruto de las capacidades abandonadas a ellas mismas, o más exactamente, si vamos a la raíz de las cosas, de intercambios entre las propias capacidades. En definitiva, son simple productos los que se intercambian, pero en tanto que usos, nunca más objetivados como mercancías. b) La transformación de los intercambios, que no es idéntica a su desaparición, e implica pues *en esta fase una transformación del valor y no su “desaparición”*. Marx dice expresamente que el trabajo desaparecerá *como medida del trabajo incorporado en los productos*. ¿Quiere decir esto que los productos, los trabajos, las fuerzas de trabajo, ya no representarán valores en ningún caso? En absoluto. (...) El valor será en su totalidad valor útil, de uso, ya que se trata de una propiedad de las cosas producidas que desborda las relaciones capitalistas y que permanece como el fundamento de cualesquiera relaciones sociales.” [Naville, 1970b: 6-7]

“Marx indica (...) muy claramente en qué los intercambios directos en las relaciones comunistas se parecen todavía y difieren al mismo tiempo de los intercambios capitalistas: “Es evidentemente aquí el mismo principio que el que regula los intercambios de mercancías en tanto que se trata de un intercambio de valores iguales.” Dicho de otra forma, lo que permanece en esta transformación de los intercambios es el principio de la proporcionalidad en la ecuación fundamental

Producto = Producto (ya se trate de un objeto, un servicio o una capacidad de trabajo). Los productos se intercambian en valores equivalentes medidos por las magnitudes de trabajo, pero este intercambio será directo y no dará lugar a su mercantilización por intermediación de aquellos que se los apropian, es decir los capitalistas. (...) Una vez más, **en el socialismo (o fase inferior del comunismo**, como dice Marx aquí) el principio de intercambio no cambia. Hay intercambio según el tiempo de trabajo invertido, en proporciones iguales. Pero el “fondo” y la forma difieren, ya que los capitalistas ya no son los directores de estos intercambios, ya no pueden apropiarse de los medios de producción y de las mercancías, perteneciendo estos a la sociedad, a la comunidad, e incluso transitoriamente al Estado de los trabajadores. (...) Esta transformación socialista de los intercambios presenta como resultado el no consagrar aún la igualdad, sino una nueva forma de desigualdad, directamente heredada del derecho burgués. (...) Lo que caracteriza entonces a las relaciones sociales comunistas rudimentarias, es el paso de las desigualdades burguesas, capitalistas, a las desigualdades diferentes y menos orgánicas, del socialismo. Lo importante aquí, no es aquello que persiste, sino lo que cambia, en qué sentido y en qué medida.(...) Como dice Marx, en la nueva forma de intercambio, y “a pesar de sus progresos, el derecho igual permanece siempre contenido en límites burgueses. El derecho del productor es proporcional al trabajo que ha proporcionado (...)” En suma, hay igualdad aparente, como en las relaciones capitalistas-burguesas, ya que hay un elemento común de medida para todos los trabajos, y que se puede en consecuencia escribir siempre sus ecuaciones. Pero esto no es más que una apariencia, ya que aquello que hay de igual no es aquí más que una ecuación de elementos abstractos o una media; y de hecho los individuos concretos son diferentes, desiguales, y no pueden entonces participar igualmente de los frutos del trabajo; no participarán de él más que en proporción al tiempo y a la intensidad del trabajo rendido, a lo que se añaden otras condiciones de mercado, de competencia, de localización geográfica, etc. (...) En la sociedad burguesa las desigualdades de este género (constitución física, grado de inteligencia adquirida, facilidades de adaptación, progenitura, etc.) enmascaran otras desigualdades sociales, más profundas, más generales, más radicales, las que derivan de los antagonismos de clase entre asalariados y capitalistas. (...) Pero en una sociedad socialista, el antagonismo fundamental, la desigualdad social esencial, desaparece. Los productores ya no tienen un “superior”, un director declarado. El Estado es, en principio, a la vez su propia cosa y la cosa de su vecino, un [tourment] colectivo más que un [tourment] individual; se convierte así en un [“apaisement”], una razón.” [Nville, 1970b: 10-11-12]

“Estas relaciones de desigualdad no serán sobrepasadas más que en un comunismo plenamente desarrollado, en una sociedad planetaria, sin Estado, cuando hayan “desaparecido la [asservissante] subordinación de los individuos a la división del trabajo”, el antagonismo entre el trabajo manual y el intelectual; cuando el trabajo reducido a algunas horas al día, ya no sea un medio de vida sino “la primera necesidad de la existencia”, dicho de otra forma cuando ya no sea más trabajo, sino actividad simple; cuando “con el desarrollo en todos los sentidos de los individuos”, las formas productivas se irán incrementando y todas las fuentes de la riqueza colectiva “[jailliront] en abundancia”; en definitiva cuando la sociedad [en viendra] a la vieja norma saint-simmoniana: de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades.” [Nville, 1970b: 15]

“Hemos revelado hasta aquí todo aquello que Marx dice sobre el reparto del producto social en la medida en que éste retorna directamente al consumo de los individuos. Pero es necesario volver (...) al sujeto del reparto en general, es decir de la totalidad del producto social, comprendido en él la parte que vuelve a la producción, la que se deriva hacia los improductivos, a ciertas necesidades sociales indirectas o de disfrute, etc. (...). Marx señala que es necesario deducir de la totalidad del producto social: A) lo que reemplazará los medios de producción usados, a saber un fondo de amortización del instrumental; B) una fracción suplementaria para incrementar la producción, a saber un fondo de acumulación; C) un fondo de reserva o de seguro contra los accidentes, perturbaciones naturales, etc. o sea una seguridad social. Estas fracciones A, B y C representan la proporción del producto social total que es una necesidad económica (...). A estas fracciones se añaden los gastos improductivos de la gestión social: D) gastos de la administración independiente de la producción; E) satisfacción de necesidades sociales tales como las escuelas, los servicios de salud (que por otra parte pueden entrar en las partidas A, B y C, como fondos destinados a educar y mantener las capacidades de trabajo); F) fondos de mantenimiento de los no-aptos, enfermos, asistencias diversas. Los fondos D, E y F resultan bien improductivos, bien indirectamente productivos (E). (...) Todas estas fracciones, de la A a la F, deducidas del producto total, deben figurar en una contabilidad socialista elemental, lo que resulta evidente. Vemos que se dividen en dos grupos (distinción que utilizan, con ciertas modificaciones, las estadísticas soviéticas): fondos de acumulación, es decir de producción y reproducción, y fondos de consumo social (privado o colectivo), de los que una buena parte son aquello que llamamos “salario indirecto” o social que viene en realidad a confundirse parcialmente con el fondo de consumo personal. La cuestión clave es entonces la siguiente: ¿cual es la proporcionalidad a observar entre estas diferentes fracciones, por una parte, y entre el conjunto de las fracciones y el producto social total? Y después: ¿en qué sentido deben evolucionar estas proporciones?” [Naville, 1970b: 16-17]

“Nos encontraremos entonces con crecimientos y disminuciones *relativas*, y es en su relación, en su proporcionalidad, en la que reside todo el secreto del plan de producción de consumo. Marx no apunta aquí en detalle lo que podría ser esa proporcionalidad, ni cómo podríamos establecerla. Esta será precisamente la tarea práctica del futuro (...) No se tratará de una preocupación abstracta sobre la “justicia” la que intervendrá, ya que este sistema presupone indudablemente una determinada forma de injusticia: se trata de cálculos sociales, dependientes de los “medios” y de las “fuerzas” en juego. Es necesario entender por esto el estado del país, del instrumental, de la clase obrera, de los campesinos, de los intelectuales, etc., en definitiva, de los recursos y los medios de ponerlos en marcha. Estos recursos no permitirán en un momento M más que ciertas relaciones y ciertas proporciones. (...) Dada una apropiación colectiva de los medios de producción y la supresión de la gran propiedad capitalista, una nueva *forma* del reparto del producto y del excedente social debe evidentemente deducirse. Esta forma afecta no solamente a la proporcionalidad de los grandes sectores del reparto sino también al mecanismo de este reparto.” [Naville, 1970b: 20-22]

“El valor se mantiene únicamente como *medida* (valor-unidad de medida de todos los trabajos) y no como *regulador*. Existe pues todavía, pero bajo otra forma. El plusvalor debe también existir aún, aunque también bajo otra forma: ya no es la magnitud de la explotación, sino una cantidad consentida por el productor para fines de utilidad social (...). Es la forma de la explotación la que explica la estructura y la evolución de todo “edificio social” en el que existe un Estado (...) lo que se esconde tras la lucha de clases,

la fuente de los antagonismos sociales, es el modo de apropiación del sobre-trabajo de los productores inmediatos, la plusvalía. (...) En la medida en la que subsiste un “derecho”, de origen burgués, en que el valor [règlera] los intercambios de trabajo, en que la participación individual al trabajo social total [règlera] la parte del consumo personal, en el que el Estado persistirá y, en consecuencia, una oposición -de un nuevo género- subsistirá entre directores y no-directores, es que una nueva forma de apropiación de la plusvalía será establecida. (...) El hecho de que las formas de producción y de apropiación de la plusvalía sean transformadas (...) significa necesariamente la introducción de nuevas relaciones sociales y de nuevas formas políticas. (...) Las relaciones socialistas elementales (a partir de la propiedad capitalista de los medios de producción y de consumo colectivos) entrañan: 1. Una modificación de la proporcionalidad entre trabajo y sobre-trabajo: a) el trabajo necesario (trabajo personal) crece relativamente; b) el sobre-trabajo (plusvalía socializada, así pues salario social, es decir el equivalente de una parte del trabajo socialmente necesario) disminuye (...). 2. Una modificación del reparto del excedente (proporcionalidad subordinada), tal que los fondos de consumo social resulten proporcionalmente elevados. (...) Con el crecimiento del producto social total, la relación debería aún [s'élever], para cambiar finalmente de naturaleza a medida que se vaya acercando a su límite, ya que entonces dejará de ser una relación: ya no existirá medida común alguna entre el trabajo y el consumo (= de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades), lo que equivale a decir también que los precios y la moneda habrán desaparecido. Toda esta fase de desarrollo de las relaciones socialistas (siempre abordadas aquí como relaciones teóricas, fuera de toda forma y contenidos concretos en un país dado) presupone entonces que una distinción entre trabajo y sobre-trabajo permanece en principio como necesaria, aunque se manifiesta y evoluciona en un sentido favorable al consumo de masas, y conformemente con un progreso hacia la igualdad real (definida no como la “porción idéntica” sino como la igual posibilidad de satisfacción de necesidades variables). (...) Por lo tanto este estado no es más que el germen de un grado aún más avanzado de la sociedad, es decir de relaciones socialistas aún más desarrolladas, en donde este sobre-trabajo persistente deberá aliarse con una reducción acelerada del tiempo consagrado al trabajo material. Dicho de otra forma: 1. El sobre-trabajo, la plusvalía, subsiste. 2. Esta plusvalía es socializada, como los medios de producción que la permiten; ya no es el signo de una explotación, en el sentido capitalista, sino de una acumulación social. 3. A pesar de la persistencia y del incremento relativo y momentáneo del sobre-trabajo, el tiempo total consagrado al trabajo material, productivo, debe descender, de forma que el sobre-trabajo debe reducirse en valores absolutos” [Neville, 1970b: 23-25-26-27-28-29]

“(...) aquello que podemos producir, en tanto que valores de uso, los únicos que interesan en definitiva en una sociedad socialista, no dependen de estas magnitudes relativas sino de la productividad del trabajo, es decir de la relación entre estas magnitudes y la capacidad del instrumental productivo: “Depende de la productividad del trabajo el saber cuántos valores de uso se pueden producir en un tiempo determinado, y partiendo de un tiempo dado de sobre-trabajo. La verdadera riqueza de la sociedad y la posibilidad de una extensión constante de su proceso de reproducción no dependen de la duración del sobre-trabajo, sino de su productividad y de las condiciones más o menos fecundas en las cuales el sobre-trabajo se realiza.” (...) Marx subraya a continuación que el socialismo, en este estadio, se encuentra todavía en el reino de la necesidad (= del cálculo en valor del trabajo estándar), a pesar de que el recorte progresivo de la jornada de trabajo total haga prever el momento en el que la

reducción considerable del tiempo consagrado a las tareas materiales permitirá el paso al dominio de la libertad real. (...) Sobre este plan, la libertad no puede consistir más que en esto: el hombre socializado, los productores asociados, regulan de forma racional sus intercambios orgánicos con la naturaleza y le someten a su control común, en lugar de dejarse dominar por él como por una potencia ciega, lo realizan con el menor esfuerzo posible y en las condiciones más acordes con su dignidad y su naturaleza humana. Pero este dominio es todavía el de la necesidad. Es más allá de este dominio cuando comienza la extensión de la potencia humana que es su propio objetivo, el verdadero reino de la libertad. Pero este reino no puede extenderse más que sobre la base del reino de la necesidad. La reducción de la jornada de trabajo es aquí la condición fundamental.” [Neville, 1970b: 30-31]

“Así pues, en las relaciones sociales liberadas del capitalismo, pero [comportant] todavía la medida por el valor del derecho de cada uno a una proporción dada del producto social, el tiempo de trabajo permanece como la regla de la producción de bienes y servicios. Pero, este tiempo debiendo resultar fuertemente reducido, consiste en el disfrute de una proporción de bienes y servicios que se convierte en *la verdadera riqueza*. Ya no es el producto el que es la riqueza, en tanto que mercancía, sino el disfrute de un producto que ya no se encuentra destinado a un mercado, que se convierte en la verdadera riqueza del hombre. El hombre se convierte en “riqueza” por su disfrute más que por su trabajo, por el ejercicio de su capacidad productiva (esto es lo que separa a Marx de Proudhon, de Fourier y de todos los apologetas ulteriores de la “alegría en el trabajo”).” [Neville, 1970b: 45]

“Es muy importante el subrayar que el problema no es resoluble por la simple distinción entre el carácter positivamente social, común, de la producción y de la propiedad de los medios de producción, y el carácter parcialmente individual del consumo final (parcialmente, ya que una parte del consumo final personal pudo haber tenido lugar bajo formas colectivas indirectas, gratuitas desde el punto de vista del consumidor individual, a las que habrá no obstante contribuido con una fracción de la plusvalía producida, impuestos indirectos, etc.). La relación entre estos dos caracteres se expresa por una relación de complementariedad entre el lado social y el lado personal de la producción y el consumo. Pero esta relación existe ya en germen en el sistema capitalista, donde es justamente el conflicto entre el carácter social de los objetivos y las formas generales de la producción y el carácter individual de *la apropiación* la que provoca la crisis estructural de las relaciones de producción capitalistas. También este conflicto se traslada al socialismo primitivo. Apropiación y no consumo, ya que éste permanecerá regido por la estructura de clase de los fondos de consumo, estructura colectiva y no personal, en su raíz. El consumo individual de los asalariados depende de la masa de los fondos salariales; el consumo productivo e improductivo de la clase capitalista depende también de su beneficio global; estas dos masas, aunque repartidas desigualmente en conjunto, dependen la una de la otra, resultando fundadas en una relación antagónica. En las relaciones socialistas, este antagonismo debe desaparecer: ya no hay más que un único fondo de producción y consumo social, todo el valor del excedente se encuentra concentrado en las manos de la comunidad misma (= el Estado, en la práctica), y su reparto individual no depende más de la forma individual de la apropiación. Teóricamente, el reparto, el consumo, no debe depender más que de la cantidad social de los valores producidos, sin sustracción en beneficio de una clase privilegiada, es decir de un grupo social monopolista.” [Neville, 1970b: 36]

Las polémicas socialistas antes de 1917.